

**“Artemiidae. Matar para Vivir”** por Víctor Mancilla.

**“Artemiidae. Matar para Vivir”** es una instalación telemática interactiva atendida de modo performático por su autor. En una sala en el Distrito Federal de México, una artemia es filmada mientras nada en un tubo de ensayo. Sobre ella se encuentra una jeringa cargada con cloro. Al mismo tiempo, en el *hall* de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora en Buenos Aires, una pantalla muestra el video en vivo de la artemia amplificada más de cuarenta veces. Bajo esta pantalla se encuentra un botón con la leyenda “MATAR”, el cual puede ser presionado por el público, generando de modo inmediato que la jeringa en México se accione dejando caer una gota de cloro sobre la artemia, matándola por intoxicación.

Artemia Franciscana.

*Crustáceo branquiópodo perteneciente al orden Anostraca. Habita en aguas con altas concentraciones de sal y su distribución en el mundo se ha masificado debido a sus cualidades nutricionales para animales de acuario, o para su comercialización como juguete, como el llamado “Sea-monkeys” donde se observa el desarrollo de estos crustáceos desde su estado inicial como huevo.*

*Estos huevos encapsulados pueden sobrevivir en condiciones muy duras y eclosionar una vez que las condiciones de su entorno mejoran, mediante un proceso llamado Criptobiosis.*

Fuentes: [http://es.wikipedia.org/wiki/Artemia\\_franciscana](http://es.wikipedia.org/wiki/Artemia_franciscana),  
[http://en.wikipedia.org/wiki/Brine\\_shrimp](http://en.wikipedia.org/wiki/Brine_shrimp)

## **Efecto del cloro en la artemia**

En un estudio encabezado por la biología molecular Ursula Jakob, publicado en la revista *Cell*, se describe el mecanismo por el cual el hipoclorito (el ingrediente del blanqueador hogareño), ataca proteínas esenciales en las bacterias y termina matándolas: “a temperaturas altas las proteínas empiezan a perder su estructura molecular tridimensional, comienzan a aglomerarse y forman conjuntos grandes e insolubles tal como ocurre cuando cueces un huevo”.

El cloro quema los tejidos externos de la artemia (compuestos por proteínas), evita que el animal respire, asfixiándolo lentamente, y destruye su sistema digestivo (el cual se extiende a lo largo de todo su cuerpo).

### **“Matar para vivir”, por Víctor Mancilla:**

Lo vivo siempre tiene que alimentarse. Por lo general, todos los organismos devoran a sus inferiores en una enorme cadena alimenticia que termina, en su cúspide, con el omnívoro imperante de esta tierra: el ser humano.

Sin embargo, dentro de nuestra sociedad hemos inventado los famosos derechos de los animales (de la misma forma que los inventamos para nosotros mismos). No obstante, definir qué seres son los que cobijamos con este respeto es algo que me intriga.

Estas pequeñas artemias son comercializadas como alimento vivo para mascotas, tortugas y peces. Desde su nacimiento, su fin es ser procesado, empacado y distribuido en diferentes tiendas de mascotas y

acuarios. Las bolsitas llegan a contener entre 15 y 60 individuos que pueden ser devorados en segundos por una tortuga de buen tamaño.

¿Podemos comparar el dolor de un organismo complejo como un vertebrado, con el sufrimiento de un pequeño crustáceo como la artemia?

Muchos psicólogos y neurólogos se atreven a decir que los animales sin sistema nervioso central no pueden procesar el dolor y que, sencillamente, sus respuestas a estímulos negativos son sólo *reacciones*.

Pero cuando vemos morir a la artemia, podemos constatar todo el tránsito doloroso que lleva a este organismo de la vida a la muerte. No podemos decir que solamente está experimentando espasmos y reacciones.

En mis investigaciones sobre lo vivo, puedo resumir que cualquier organismo que pueda considerarse vivo, presentará reacciones que le sirvan para escapar de una circunstancia adversa o que dirijan su atención a una acción nutritiva y de preservación. Dolor y placer. Estos pueden observarse de formas más o menos complejas en cualquier organismo vivo, desde el plano de lo unicelular (que percibe su mundo a través de sus membranas) o en sofisticados sistemas como el sonar de un delfín, o nuestra percepción de la temperatura al tacto.

Los sistemas de cada organismo son diferentes entre sí, y tan diferentes al nuestro que no podemos imaginarnos su escala de dolor, o la complejidad de su dolor. Nuestra observación sobre la naturaleza resulta de inferencias y suposiciones, puesto que jamás podremos ponernos en el lugar de un organismo diferente al humano.

Sin embargo, hacemos evaluaciones del dolor y éstas son completamente subjetivas y empíricas. Sólo mediante la experiencia propia podemos saber si algo es doloroso. Al evidenciar el dolor y el sufrimiento en otras especies podemos generarnos una idea de su estado pero jamás estar seguros. Únicamente se genera empatía.

Al observar la muerte de la artemia, podemos llegar a empatizar con el animal y conmovernos por su dolor, y aunque no sepamos cómo es, gracias a nuestra percepción podemos expresar que ese individuo sufre.

Sin importar cuan complejas sean las agonías de diferentes organismos, tenemos que verlas para poder sentir las. Nuestra escala humana, o a veces sencillamente la falta de interés, nos impiden observar a múltiples especies que intentan convivir con nosotros pero que, ante el progreso y la comodidad, resultan erradicados.

La actividad humana sencillamente es causa de muertes constantes, construimos nuestras casas sobre los hogares habitados anteriormente por otros seres.

Controlamos su natalidad, su crecimiento, la luz solar que reciben, el espacio en el que pueden vivir, su tiempo de vida, la cantidad de calorías que contienen y cómo son empacados para nuestro consumo. Estamos frente a las consecuencias de la muerte pero al no ver el dolor, sólo seguimos adelante con nuestro camino, no solamente lo ignoramos sino que al verlo, lo desdeñamos bajo el conocimiento de que sencillamente no tienen un cerebro que les permita sentir el dolor *verdadero*. El humano entonces es el único animal que puede sufrir o cuyo dolor realmente importa.

Sería imposible preocuparnos por absolutamente todas las formas de vida con las que forzosamente tenemos que convivir al habitar el mismo planeta. Decidimos de forma hipócrita qué especies pueden o no vivir entre nosotros. Entonces el dolor no importa, sino cuánto placer puede provocar su muerte para la humanidad.

Toros, pollos, vacas, especies en peligro de extinción. Todos son nuestro alimento, todos nos provocan placer con sus sabores y formas de morir. Sus pequeñas poblaciones no importan frente al imparable deseo y curiosidad humanas. Finalmente, el dolor entre humanos también es una subjetividad individual, también nos devoramos a nosotros mismos y tampoco importa siempre que sea el otro el que muere.

Si algún lector o espectador de la obra se siente ofendido por el presente proyecto, le pido amablemente una disculpa, excusándome con la misma pregunta que tituló el pabellón de México en la Bienal de Venecia de 2009: “**¿De qué otra cosa podríamos hablar?**”, donde la artista Teresa Margolles presentaba una obra que contenía restos humanos.

...en este mundo y esta época donde el tema principal es la desaparición de NOSOTROS Y ELLOS, del mundo, de ti y de mí.